

“Modelo Alemania”

A la sombra silenciosa de los ordenadores

JOAQUIN RABAGO

PETER S., viajante de comercio, se dirige en tren desde Munich a Hamburgo. A la altura de Nuremberg, aproximadamente, un individuo uniformado abre la puerta del compartimiento y pide a todo el mundo su documentación. Arrastra una especie de carrito como el que se emplea en los aviones para repartir el desayuno, aunque el lugar de la bandeja lo ocupa una caja con una pequeña pantalla. Peter S. saca cuidadosamente de la cartera el carnet plastificado con su foto, su nombre y su número de identificación, formado por una larga yuxtaposición de cifras y letras, y lo entrega, al igual que sus compañeros de compartimiento, al individuo uniformado. Este introduce todos los documentos en su cajita antes de devolvérselos con un frío “danke schön” a los viajeros. Todo está en orden, y el funcionario prosigue hacia el siguiente compartimiento. Horas más tarde, el viajante de comercio llega por fin a la ciudad hanseática, donde acude inmediatamente a un hotel en busca de habitación. Allí, el recepcionista le exige también su carnet de identidad para someterlo a la lectura de una pequeña terminal de datos que tiene junto al mostrador. Tampoco nada que objetar esta vez. Al día siguiente, ya refrescado, Peter S. decide alquilar un coche que necesita para su trabajo. Y de nuevo, en la agencia, tendrá que exhibir su documentación para que el empleado la introduzca en su aparato electrónico antes de decidirse a entregar al cliente las llaves del “Volkswagen Polo” que solicita.

Esta situación casi orwelliana que acabamos de describir no es, como podría tal vez suponerse, el sueño dorado de algún viejo nostálgico de la Gestapo, la Policía secreta de Estado hitleriana, sino más bien la visión futurista de un probo funcionario del partido de Schmidt y de Brandt. La obsesión del presidente del Bundeskriminalamt (oficina de investigación criminal) de la RFA, el doctor Horst

Herold, o “Mr. Computer”, apodo por el que también se le conoce, es la seguridad. Al orden y la seguridad, tal es su credo, será preciso sacrificar todo lo demás, incluido, por supuesto, eso que, no sin ciertos prejuicios burgueses, venimos llamando nuestra “esfera privada”. El ciudadano honrado —aquel que nada tiene que ocultar— tampoco tendrá nada que temer. Las molestias, en cualquier caso, serán mínimas. Y la tranquilidad que a cambio se le proporcionará, total.

preña comenzó a hablar del nuevo documento, se dijo que éste tendría seguramente un lugar reservado para una posible marca indeleble de la Policía en el caso de que su titular hubiese tenido algún problema con las autoridades. Esa marca sería una especie de estigma que acompañaría al individuo a todas partes.

La primitiva idea fue, sin embargo, pronto desechada para dejar paso a la adopción de otro sistema, mucho más discreto, menos humillante, pero, al mis-

ría: si hoy la Policía sólo solicita información sobre aquellos individuos que, por la razón que sea, pueden resultar sospechosos, mañana, todo aquel que entre o salga del país será necesariamente pasado por el ordenador. El control será, pues, absoluto.

Lo que en un principio se concibió para su uso exclusivo en las fronteras, puede muy pronto convertirse en eso que en la Unión Soviética llaman un “pasaporte interior”, que el ciudadano debe llevar siempre consigo para poder trasladarse a otra ciudad y realizar cualquier tipo de operaciones: desde la compra de un billete aéreo o de tren hasta el alquiler de una habitación.

Hasta ahora, por ejemplo, si usted se hospedaba en un hotel en la RFA, no tenía más que rellenar con sus datos una tarjetita que le entregaban en la recepción. Pero como normalmente nadie le exigía sus papeles, podía dar un nombre y una dirección falsos. Esto ya no será posible en el futuro, puesto que el cliente tendrá que entregar su pasaporte al recepcionista para su posible control por la Policía (1). El paso siguiente podría muy bien ser el que señalábamos al principio: el cliente introduce directamente su tarjeta en la terminal de la recepción del hotel, la cual está conectada con el computador central de la Policía. ¿Que usted tiene amigos y prefiere pasar la noche con ellos? Ni siquiera en este caso se librará de la mirada inquisitiva de “Big Brother”. De llevarse a cabo los descabellados proyectos del doctor Herold, también los particulares tendrán la obligación de comunicar a la Policía el nombre de aquellas personas que pudiesen albergar en sus casas por una noche. ¿Quién sabe si podrán encontrarse terroristas entre ellas?

(1) De hecho, ya se ha iniciado una colaboración internacional en este terreno. Según denuncias de “Der Spiegel”, los datos de 70.000 fichas de hotel de turistas alemanes en Mallorca fueron sometidas al control electrónico de la Policía de la RFA. Lo que llevó a la detención de ochenta presuntos delincuentes.



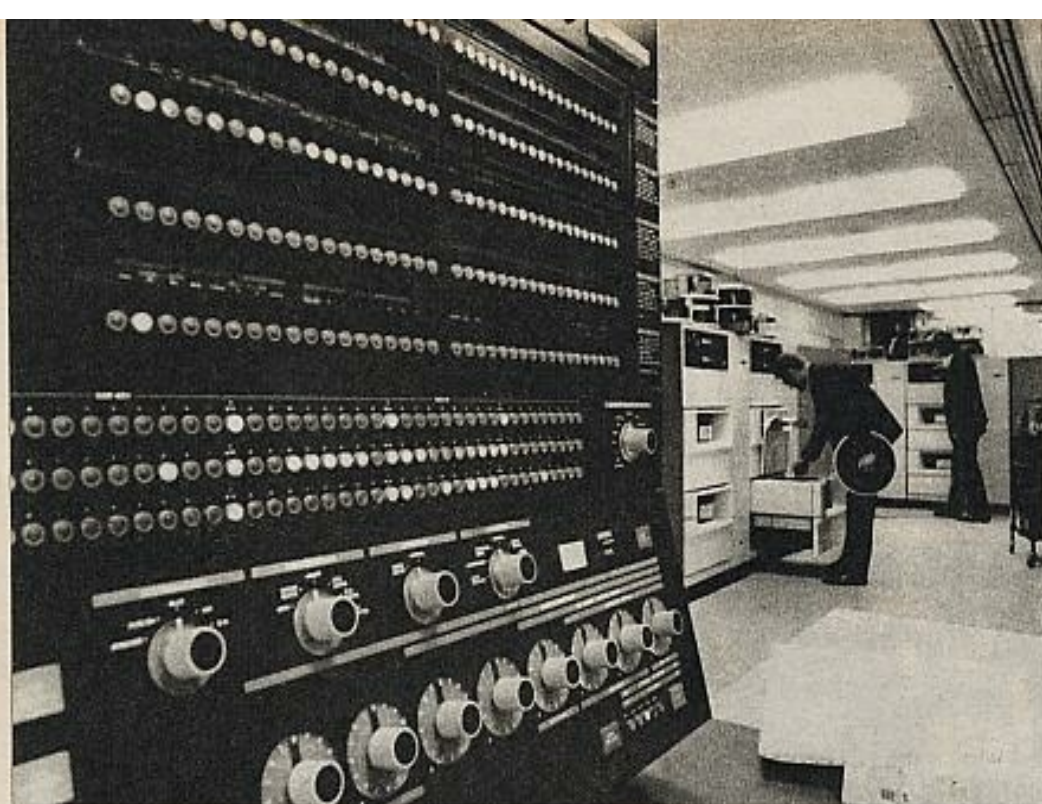
Gerhart Baum, ministro del Interior: se ha ido demasiado lejos y ahora hay que rectificar.

Un control absoluto

¿Cuánto tiempo tardará en realizarse, al menos por lo que respecta a la RFA, el viejo sueño del doctor Herold? Tal vez muy poco, pues los pasos más importantes en esa dirección ya están dados. Y el último hasta la fecha es especialmente inquietante. Se trata de la decisión, adoptada casi de matute por el Gobierno, de introducir, para todos los ciudadanos a partir de los dieciséis años, una nueva tarjeta de identidad que podrá ser leída directamente por ordenador.

En un principio, cuando la

mo tiempo, infinitamente más eficaz. ¿Para qué indicar en el mismo carnet el carácter de “delincuente” de su titular si todos los datos íntimos conocidos sobre el individuo pueden estar al inmediato alcance de la Policía con tal de que la tarjeta de identidad sea sometida a lectura electrónica? Bastará que el funcionario de seguridad introduzca la tarjeta en la terminal que tiene delante para que el gran cerebro central comunique directamente a aquél lo que debe hacer con el ciudadano: detenerlo, interrogarlo, vigilarlo, anotar su destino, el nombre de sus acompañantes, etc. Pero este sistema ofrece una ventaja suplementa-



El ordenador central de la Oficina de la Constitución (NADIS).

Un sistema, éste, como no pudieron siquiera soñarlo los hombres de Goering y de Himmler. Y una situación que de algún modo ya previeron y oportunamente trataron de evitar los redactores de la Ley Fundamental de la nueva República Federal Alemana. En la Constitución de 1949 se fijaba claramente una división de competencias entre la Policía y los servicios de información del Estado. Sin embargo, con el pretexto siempre útil de la lucha contra el terrorismo y gracias también a la creciente informatización de los servicios de control del ciudadano, mucho de lo establecido en 1949 corre ahora el riesgo de convertirse en papel mojado. Así, la prensa democrática ha descubierto repetidos casos de intercambio de servicios entre el personal que manipula el NADIS (computador central de la Oficina federal de defensa de la Constitución; en alemán, "Bundesrat für Verfassungsschutz") y el gran almacén de datos de la Policía, el llamado INPOL.

Destinado a proteger al nuevo Estado democrático de sus enemigos reales o supuestos, el BfV ha llevado su celo inquisidor al extremo de recabar información confidencial de todo tipo sobre funcionarios del Estado, maestros, carteros, simples maquinistas de tren, periodistas, científicos, empleados de la Lufthansa —desde los pilotos hasta los que trabajan en las oficinas de despacho de billetes—, militares (éstos, a través del llamado MAD) (2), parlamentarios, etcétera.

(2) Militärischer Abschirmdienst: servicio de información militar. Coexiste con el Bundesnachrichtendienst: servicio de información

De modo casi paralelo, en los distintos archivos que componen el sistema INPOL —y en especial el llamado PIOS—, "Personen, Institutionen, Sachen" (personas, instituciones, objetos) y el PIZ ("Personenidentifizierungszentrale" (central de identificación de personas), se registran cuidadosamente todo tipo de datos sobre presuntos terroristas, "radicales" y simpatizantes (3). Iniciado en 1972 por el doctor Herold exclusivamente para localizar coches robados y perseguir a delincuentes, el servicio INPOL recoge hoy informaciones relacionadas con personas e instituciones sobre las que existe la sospecha, fundada o no, de militancia izquierdista. Y para ser considerado "radical" basta muchas veces haber visitado a anarquistas o terroristas presos, asistido a sus juicios, haber promovido iniciativas ciudadanas o participado en manifestaciones antinucleares o incluso haber vivido en alguna comuna, nido natural de terroristas, al decir de la Policía (4).

Pero existe, además, un tercer cuerpo de seguridad del Estado, el "Bundesgrenzschutz" o Policía federal de fronteras, que no sólo cuenta con su propio

federal. Hasta ahora, y según "Der Spiegel" y "Stern", de donde hemos extraído las informaciones y los datos para este trabajo, más de dos millones y medio de funcionarios o ciudadanos han sido sometidos a investigación por encargo del Verfassungsschutz.

(3) En el PIOS hay registradas más de 135.000 personas o instituciones relacionadas con los terroristas o sospechosos de estarlo.

(4) El INPOL (servicio de información de la Policía) depende del Bundeskriminalamt. Está también relacionado con los dos "Landeskriminalämter", que, debido a la estructura federal del Estado, operan sólo regionalmente.

sistema de recogida y almacenamiento de datos sobre los ciudadanos, sino que es también utilizado como instrumento para la colaboración, a todas luces anticonstitucional, entre la Policía criminal y los servicios de seguridad. Convenientemente instruida por el NADIS o el INPOL, la Policía de fronteras podrá impedir la entrada o la salida de determinados ciudadanos, o bien los someterá a interrogatorio u observación, sin que, en este último caso, los afectados se den cuenta de nada.

Los nuevos "científicos sociales"

Lo más preocupante, empero, de los abusos denunciados por la prensa alemana radica en el hecho de que todo ello venga ocurriendo, no bajo la cancellería de un ultraderechista como Strauss, sino con un Gobierno de coalición de socialdemócratas y liberales. En un reciente trabajo publicado en su revista "Kursbuch", el poeta y ensayista Hans Magnus Enzensberger formula un lúcido diagnóstico de todo este proceso. Ya no se trata simplemente, nos dice Enzensberger, de los efectos de ese sistema de opresión heredado de los Metternich y los Blummarck, que Hitler llevó a monstruosa perfección, y de cuyos escombros Adenauer salvó lo que pudo. Se trata antes bien, añade Enzensberger, de otro sistema que ya no es típicamente alemán y el genuino producto del mundo de la posguerra. Sistema de la integración de la clase obrera a través del consumo

de masas y el "welfare state" y al que corresponde, en el plano exterior, la ofensiva de la economía de exportación en el mercado mundial. Sus ejecutores no son ya aquellos policías racistas e ignorantes, tenaces perseguidores de judíos y obreros socialistas o comunistas en el Tercer Reich, sino fríos y educados especialistas del control y la represión tecnocráticos. Gentes como ese doctor Herold, presidente del "Bundeskriminalamt", que políticamente pueden estar lo mismo en la socialdemocracia que en el Partido Liberal.

Ya no se trata, en efecto, de movilizar a masas fanáticas como en los viejos tiempos del nazismo. Los nuevos métodos de estos asépticos "científicos sociales" son, —escribe Enzensberger— demasiado clínicos, demasiado incruentos como para despertar en la masa sentimientos fuertes como el odio y la solidaridad. Se trata solamente de conseguir que el sistema funcione sin ningún roce.

El nuevo fascismo de que hablan algunos —pero ¿acaso podrá llamarse así?— no se apoyará en la punta de las bayonetas ni en la histeria, perfectamente canalizada, de las masas, sino en el silencioso y frío deslizarse de las cintas magnéticas.

Hoy, muchos socialdemócratas y liberales se preguntan si no se habrá ido demasiado lejos en el control del ciudadano, y, alertados por la prensa democrática, son también cada día más los alemanes que exigen el reconocimiento constitucional del respeto a esa intimidad violada por los nuevos inquisidores electrónicos. El propio ministro del Interior, Gerhart Baum, del Partido Liberal, parece decidido a rectificar el rumbo seguido hasta ahora, poniendo coto por lo menos a los excesos del doctor Herold. La urgencia de este tipo de medidas se hace tanto más aguda cuanto que el próximo canciller federal podría ser nada menos que Franz Josef Strauss, el candidato que ha decidido presentar por fin la Unión frente a Schmidt. Y da grima pensar lo que puede hacer un hombre como el ultraderechista jefe del Gobierno bávaro con todos esos medios puestos a su disposición por quienes deberían haber velado por la profundización de la democracia en lugar de desmontarla so capa de atajar a un puñado de exaltados de las metralletas. ■ J. R.